BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA Y TEATRO COMICO

LA SUCURSAL DEL INFIERNO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO MONTESINOS Y DANIEL BANQUELLS

MÚSICA DEL MAESTRO

MIGUEL SANTONJA



MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
Federico de Madrazo (antes Greda), 15, bajo

1896

LA SUCURSAL DEL INFIERNO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO MONTESINOS Y DANIEL BANQUELLS

música del maestro

MIGUEL SANTONJA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ROMEA la noche del 29 de Enero de 1896



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1896

REPARTO

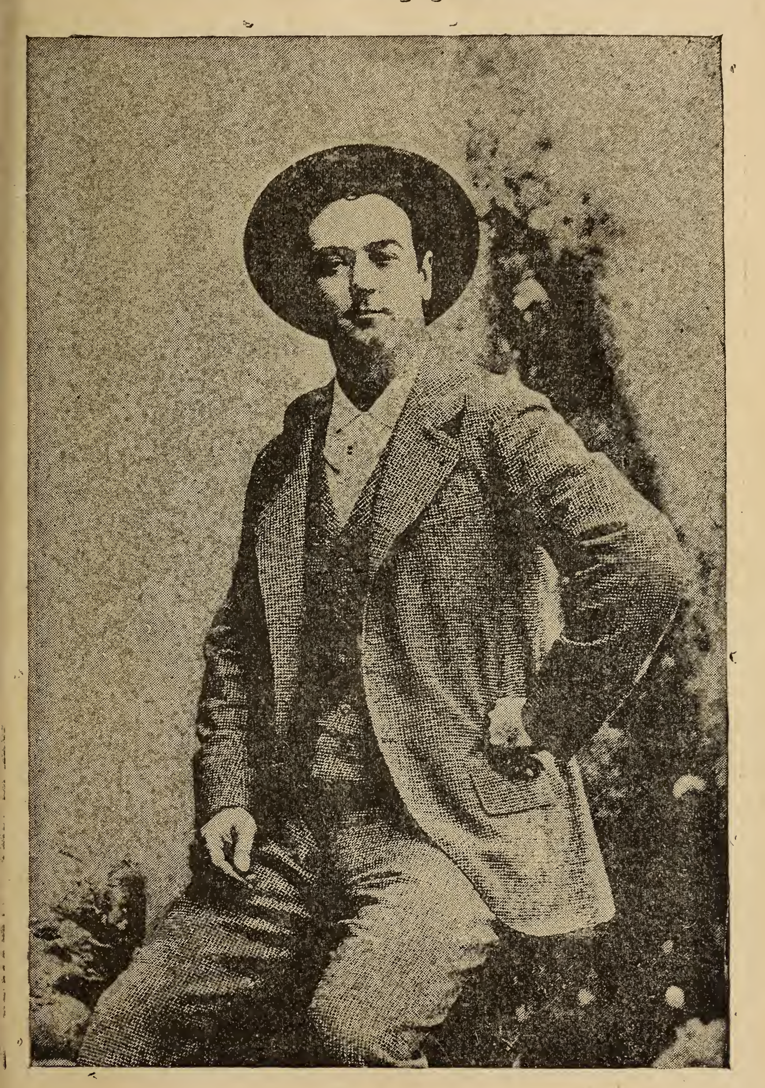
PERSONAJES		ACTORES
JULIA......................	Srta.	Prado (Loreto).
MANUELA..................		Alcacer (Josefa).
DOÑA O....................	Sra.	Pastor (Laura).
DON RAFAEL..............	Sr.	García (Valentín).
SANTIAGO............		Barraycoa (Francisco).
CASIMIRO.................		Reforzo (Juan).

Epoca actual

Por derecha é izquierda las del actor

AL RENOMBRADO MATADOR DE TOROS

Luis Mazzantini



¡Vaya por usted!

Los Autores

ACTO UNICO

Sala elegantemente amueblada. Puertas laterales y al foro. Primer término derecha, balcón. Sillas, mesa, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

ULIA, asomáda al balcón primer término derecha

Música

(Muy piano en la orquesta de modo que se oiga bien la letra.)

No vengas muy tarde,
Santiaguito mío;
que en obscureciendo
hace mucho frío;
ponte la bufanda
no hagas tonterías,
ten mucho cuidado
con las pulmonías.
Tú estás delicado
y si te murieras,
es casi seguro
que yo te siguiera.

(Se oye en un piano el «Gran Dio, morir si jovene.»)

Ya empezó la vecinita
su lección á repasar,
está visto, es imposible,
no nos deja descansar.
Con el piano maldecido
no se puede una entender,

y reniego de Bellini
Donizetti y Meyerbeer.
Vete para casa
y temprano cena
que vamos á Apolo
á ver la *Verbena*;
estaremos juntos,
nos divertiremos,
y en los entreactos
los dos charlaremos.
(El piano toca «Un mantón de la China-na.»)
Ya está otra vez el piano
con su canción.
Primero ha sido Verdi,
después Bretón,
y si estará seis horas
tocando así,
después de Caballero
vendrá Chapí.
(Toca «La Czarina.»)
Hasta después,
Santiago, adiós,
no vengas tarde,
por compasión,
ya sabes tú
que soy así,
y que no puedo
vivir sin tí.

Hablado

(Al terminar la música se oyen voces dentro suponiéndose que riñen.)
Ya tenemos la de siempre;
temprano empieza el tiberio;
yo me largo y que se arreglen.
¡Jesús María, qué genios!
(Mutis segunda derecha.)

ESCENA II

MANUELA y CASIMIRO que salen por la primera izquierda riñendo á grandes voces. El trae el sombrero en la mano y se pone los guantes.

MAN. ¡Te digo que no saldrás!
CAS. ¿Que no saldré?... ¡Lo veremos,
aquí soy el amo yo;
soy el amo y no tolero
que nadie mande en mi casa
ni nadie me ponga freno!
MAN. ¡Sí, ya sé que soy tu esclava!
CAS. ¡Manuela!... (Con desesperación.)
MAN. Que no merezco
tener voz, si no soy nadie.
CAS. ¡Manuela, que estoy ardiendo!
MAN. Si ardes, mejor, toca el pito
y que vengan los bomberos.
Tú piensas que yo soy tonta;
no, conozco tus proyectos.
(Casimiro coge un libro y la amenaza.)
CAS. Manuela, que...
MAN. Solo falta
que me pegues...
CAS. Que...
MAN. (Llorando.) ¡Negrero!
CAS. Tú solo tienes la culpa
de lo que pasa; el infierno
me ha traido esa mujer
que te trastorna los sesos.
MAN. ¿Qué mujer?
CAS. Doña demonios,
esa del cuarto tercero
que te mata y que me mata
con sus infames consejos,
MAN. A mí nadie me aconseja.
CAS. Nuestros dos años primeros
de matrimonio, pasaron
sin el más leve tropiezo,
pero en cuanto esa señora
te embaucó...

MAN. ¡Mal caballero!
No, no, tú no eres el mismo,
antes yo era tu embeleso,
tu nenita, tu cariño,
siempre me estabas friendo
con tus halagos; y ahora...

CAS. ¿Ahora qué?

MAN. Ahora, ni esto.
Solo tu café te gusta,
y estarte pasando el tiempo
diciendo mil tonterías
y ninguna de provecho;
pero has de saber, infame, (Subiendo de tono.)
que yo no me chupo el dedo,
y que sé que ese café
es solamente un pretexto
para ir á ver..

CAS. A la sota.

MAN. A la de espaditas, eso. (Se sienta.)

CAS. (Dulcificando el tono y arrimándose á la silla.)
¡Pero es posible, Manuela,
que tú, que tienes talento,
te imagines esas cosas!
¡Por Dios, mujer! ¡Ten criterio!

MAN. ¡Porque lo tengo lo digo!
¡Hoy cumple el año tercero
que nos casamos!

CAS. ¡Hoy cumple!

MAN. Por cuya razón tenemos
convidados á los tíos,
y en el preciso momento,
cuando vamos á almorzar,
se le antoja al caballero...

CAS. Sin perjudicar á nadie,
salir á dar un paseo.

MAN. Y si se encuentra ocasión...
pues .. aprovechar el tiempo.
(Casimiro se dirige á la puerta y Manuela quiere impedirlo.)
Te digo que no saldrás.

CAS. Señora mía, hasta luego. (Vase.)
(Manuela cae en un sillón llorando.)

ESCENA III

MANUELA

MAN. ¡Tratarme con esos modos!
¡Qué maridos, qué maridos!
¡Todos son unos perdidos,
y el mío el peor de todos!

Música

Vivir de esta manera
no me es posible,
porque yo estoy sufriendo
lo inconcebible.
Mi pícaro marido
es un malvado,
y es que esa bribonaza
le ha trastornado.

—

Tres años hace
que nos casamos,
y amarnos siempre
con fé juramos.
El me quería,
yo le adoraba,
y en mí tan sólo
su amor cifraba.
Mas todo cambia,
y aquel cordero,
es hoy un lobo
de lo más fiero.

—

La mujer que se casa, merece
de la pena sufrir el rigor;
el casarse muy bueno parece,
mas no hay nada en el mundo peor.
Al principio, la dicha sonríe;
y es la vida un edén sin igual,
la inocente que de esto se fíe
ya verá si lo pasa muy mal.

Muchos mimitos,
muchas caricias,
mucho «te adoro,»
muero por tí.
Hasta que vuelan
y los engañan
para alejarlos
de su redil.
Ellos, incautos,
caen en sus redes,
y una vez dentro
no salen más.
En nido ajeno
viven dichosos,
pero á su casa
no vuelven ya.
Por eso hay que buscar
el medio de vencer;
hacerlos implorar
y hacerlos padecer,
y en cuanto que el perdón
pretendan conseguir,
la pena del talión
que tengan que sufrir.
Así lo haré,
lo juro yo,
me vengaré
de ese traidor.

Hablado

Paciencia y mala intención;
esto es lo que debo hacer.
¡Así lograré vencer
á ese pícaro bribón!

ESCENA IV

MANUELA y JULIA

JUL. (Saliendo.)
¡Buena ha estado la mañana!
De pé y pé y doble ú,
y tienes la culpa tú.

MAN. (Levantándose furiosa.)
No me sofoques, hermana.
JUL. ¿Te has llegado á figurar
que vas á poder más que él,
y estás haciendo un papel?...
MAN. ¡Mujer, te quieres callar!
JUL. Si te falta, que á mi ver
no lo sabes con certeza,
me parece ligereza
el decírselo, mujer.
Porque estando prevenido
él lo hará con más cautela,
y entonces, «adiós, Manuela»
te quedaste sin marido.
Hay que hacerlo con misterio:
sé prudente en adelante,
hasta cogerle infragante
en delito de adulterio.
Si te es fiel, con tu maldito
proceder das ocasión,
ya sabes: la privación
es madre del apetito.
Tú le indicas un manjar,
diciendo: no has de comer.
Vamos á ver, ¿qué ha de hacer
sino quererlo probar?
MAN. (Admirada.)
¿Pero qué es eso, Julita?
No hables más de esa manera.
¡Vaya con la bachillera!
¡Jesús y qué lengüecita!
JUL. Santiago me ha traido
libros, y pude aprender
qué es el hombre y la mujer,
qué la esposa y el marido.
¡Libros buenos! ¡Ahí es nada!
«El casamento d' Jneo».
«Prácticas del Himeneo».
y «La Perfecta casada,»
y otros mil, que aunque te asombre,
nos dicen que el femenino
es menos que el masculino,
es decir, que es más el hombre.

MAN. El pollo es aprovechado,
vaya, se pierde de vista
el señor seminarista.
JUL. Lo fué, pero lo ha dejado.
Como el hombre es el sostén,
serle humilde es necesario.
Ya ves, en el seminario
deben saberlo muy bien.
MAN. ¡Sólo me falta que ahora
vengas á darme lecciones!
JUL. Emito mis opiniones.
MAN. Pero estás muy habladora.
Ten la bondad de callarte.
JUL. Descuida, que no hablaré;
te aconsejo, porque sé
que algo grave va á pasarte.
MAN. Vaya, me voy, pues si no...
(Vase primera izquierda.)
JUL. ¡Escucha! ¡Jesús, qué casa!
lo que es á mí no me pasa,
eso lo aseguro yo. (Mutis.)

ESCENA V

DOÑA O y DON RAFAEL por el foro

RAF. No hay nadie en el redondel,
es que habrán hecho el despejo
y esperará la cuadrilla
ver agitar el pañuelo.
D.ª O ¡Por Dios, no me irrites, hombre!
¿Supones tú que yo tengo
paciencia para sufrir
ese lenguaje torero?
A que vayas á los toros,
francamente, yo me avengo.
Que pases en «El Diván»
horas y horas discutiendo
si es buena ó mala una suerte
ó si es bueno ó malo un diestro,
lo sufro con humildad;
pero estarte siempre oyendo

palabrotas mal sonantes,
y frases de matadero,
eso, por Dios, Rafael,
no me acostumbro, no puedo.

RAF. Porque no sientes correr
sangre torera en tu cuerpo.

D.ª O Porque no soy como tú,
porque detesto los cuernos.

RAF. ¡Que te duermes en la suerte!

D.ª O ¡Qué hombre tan falto de seso!

RAF. ¿Por dónde andará Manuela?

D.ª O Quizá se estará vistiendo.

RAF. Ahí viene el primer aviso.

ESCENA VI

DICHOS y JULIA

JUL. Adiós, tía, Adiós, Frascuelo.

D.ª O Y Manuela, ¿dónde está?

JUL. En su cuarto.

RAF. ¿Qué está haciendo?

JUL. Pues... como siempre, llorando.

RAF. Bronca en el seis.

JUL. Discutieron.
—«¡Que no sales!»—«¡Que sí salgo!»
—«¡Infame, pillo!»—«¡Hasta luego!»
Él se dirige á la puerta,
ella le sale al encuentro...

RAF. Y hubo cogida, está claro,
porque le cortó el terreno.

JUL. ¡Esto no es casa, esto
la sucursal del infierno!

RAF. Si se descompone un bicho
hay que usar un buen trasteo
y darle pases por bajo
para lograr recogerlo.

JUL. El caso es que se enfadaron.

RAF. Entonces ya no comemos.
Se suspende la corrida
á causa de haber mal tiempo.

D.ª O ¿Y tú, qué tal, cómo vas

con Santiago? ¿el casamiento
se arregló?

JUL. Creo que sí.

D.ª O No sabes lo que me alegro.
¡Y pensar que aquel muchacho
que iba á ser cura, se ha vuelto
atrás de su decisión!
¡Vaya un cambio!

RAF. Muy bien hecho.
Es un cambio en la cabeza,
es decir, se dejó el pelo.

D.ª O Vamos á hablar con Manuela.

RAF. Bueno, vámonos á dentro.

D.ª O ¿Tú vienes?

JUL. Me quedo aquí.

D.ª O Pues hasta ahora. (Vanse Doña O y Rafael.)

JUL. Hasta luego.

ESCENA VII

JULIA, á poco SANTIAGO

JUL. Siento pasos, es Santiago.
Voy á salirle al encuentro.

Música

SANT. No digas que he tardado,
vidita mía,
pues para venir pronto
tomé el tranvía.

JUL. Así es como te quiero,
mi Santiago.

SANT. Ya ves, cuanto me dices,
todo lo hago.

JUL. Eres muy bueno.

SANT. Tú eres mejor.

LOS DOS Nos amaremos
mucho los dos.

SANT. Pensar que estaba yo predestinado
á ser un cura muy virtuoso,

y que, por fin, el hábito he colgado
por ese rostro tan delicioso.

JUL. En cambio tú ya tienes quien te quiera
y mujercita para cuidarte
y si alguna desgracia sucediera
á tu Julita para llorarte.

SANT. ¡Qué atrocidad,
qué atrocidad!
no me hables de eso,
por caridad.
Quiero vivir,
mi dulce amor
y en caso extremo
morir los dos.

JUL. Cuéntame alguna cosa
del Seminario.

SANT. Voy á contarte todo,
ves escuchando.

—

En seguida que entré en el convento
por la Teología mostré tal afán,
que en seguida los curas dijeron
«para ejercitarte serás sacristán.»
Tin, tan,
Tin, tan,
me obligaban á hacer la limpieza
y á veces á misa solía ayudar.
Yo tocaba á maitines y vísperas
y en el mes de María solía cantar.
Tin, tan,
Tin, tan.
Me levantaba
muy de mañana,
tocaba entonces
misa de alba;
á un señor cura,
que era muy tragón
el chocolate
servía yó
una jicarita
para su merced,
una para el padre,

para el hijo, tres.
Tal fe tenía,
tanto rezaba,
que algunos santo
me proclamaban.
Mas cierto día
en el paseo
tu rostro ví
y enamorado
como un bendito
quedé por tí.
No pensé en más,
todo dejé,
y á tu cariño
me consagré.
El hogar tiene dulces encantos
y se goza de amores sin fin,
es tan santo ser padre de almas
como padre de algún chiquitín.

JUL. Ya verás qué felices seremos,
ya verás, Santiaguito, qué bien,
pasaremos la vida dichosos,
nuestra casa ha de ser un edén.
Y siempre juntos,
siempre juntitos,
con mis mimitos
feliz serás.
Tu mujercita
te querrá mucho
y con cariño
te cuidará.

Hablado

SANT. No sabes, ¡ay! Julia,
lo que yo te quiero,
estoy por tí loco,
tan sólo en tí pienso
cuando estoy en casa,
cuando estoy comiendo,
cuando me levanto
y cuando me acuesto.
Ante tu retrato

paso el día entero,
y le digo flores
y le escribo versos.
Es tal el cariño
que yo te profeso,
que me estoy quedando
tan sólo en los huesos;
yo juro quererte,
mi bien, *in æternum.*
A hacer tus caprichos
estoy tan dispuesto,
que si me pidieras
el sol, te prometo
que tomaba un coche
para el firmamento,
y el sol te traía...
si accedía á ello.
Yo seré tu esclavo,
tu perro faldero,
lo que tú me mandes
haré sin recelo.
¡Qué Paolo y Franchesca!
¡Qué Isabel y Diego!
Mas que esos amantes
nosotros seremos.

JUL. ¿Me quieres... Santiago?
SANT. ¿Lo dudas, lucero?
JUL. Temo que me engañes...
SANT. Mi gloria...
JUL. Mi cielo.
D.ª O (Llamando.)
¡Julita!
JUL. Me llaman.
Adiós. (Vase Julia.)
SANT. Hasta luego.

ESCENA VIII

SANTIAGO, después DON RAFAEL

¡Qué humildad y qué ternura!
Voy á ser feliz con ella.
RAF. Adiós, barbián.

SANT. ¿Cómo vamos?
Don Rafael...
RAF. En la brega
regular, ya voy de naja,
es decir, á Villavieja.
¿Con que cuándo, cuándo es eso?
SANT. Allá... para primavera.
RAF. Dios le dé á usted mucha suerte.
y no haga que usted lo sea.
Sobre todo buena vista
y mucha mano derecha.
SANT. Julia es un ángel.
RAF. Lo sé.
Es una muchacha buena,
sabiéndola trastear
hareis una gran pareja.

ESCENA IX

DICHOS y CASIMIRO con una botella

CAS. Muy buenos días, señores.
Qué, ¿se está de conferencia?
(Se dan las manos.)
RAF. De modo que ha despejado
y habrá comida.
CAS. Muy buena.
Jerez, marca «Mazantini»
y además una sorpresa.
RAF. Ya lo sé; toro estofado
que es un plato de primera.
Vamos á ver, Casimiro,
¿qué ha pasado con Manuela
que está dada á los demonios?
CAS. ¡Ay, tío, con la paciencia
de un santo no hay suficiente
Para sufrirla!...
RAF. ¿Se cuela?
Joven, joven, no se case.
¡Como yo soltero fuera!...
SANT. Es que de Manuela á Julia
hay una gran diferencia.
CAS. ¡No te fies!

RAF. A mi mujer
la creí también muy buena
y me ha salido una res
con una intención perversa.
Si no fuera porque aprieto
(Hace señas de picar.)
y que tengo buena escuela,
ya estaría yo en el hule,
pero conmigo no juega.
La mujer y el toro tienen
semejanza muy perfecta.
y yo creo que un casado
debe tener muy en cuenta
el color de la divisa,
pues á mi ver, según ella,
debe dar á su mujer
la lidia que le convenga.
Supongamos que las cintas
son del color de Udaeta.
Hay que pararle los pies
en cuanto salte á la arena,
no darle mucho castigo,
hacer la brega ligera,
y con poquitos adornos
empapar bien la muleta
para aprovechar y en corto
dar un volapié en las péndolas.
Si es del Duque, blanca y rosa,
debe hacerse otra faena.
Toreo alegre, el que gusta.
Si sale blanda la fiera
poco hierro, y en los quites
mucho adorno y poca ciencia.
Pero si el del Duque sale
de los amigos que pegan,
hay que estar con mucho ojo
al quite, tener prudencia,
usar mucho de las largas,
evitar que se revuelva
y dejarle descansar
sin abusar de la tela.
Con estos toros un diestro
puede lucirse de veras

y puede meter el pie
si tiene sangre en las venas.
Si la hembra es de Miura
«con divisa verde y negra,»
hay que tener mucha vista,
mucho cuidado en la brega,
y derrochar mucho arte.
Las reses de Miura, piensan,
saben latín, matemáticas
y no hay que jugar con ellas.
Mejor que para casadas
suelen servir para suegras.
Pero hay algunas moruchas
de dudosa procedencia
y que salen del chiquero
dando saltos y carreras.
A éste rasgan el percal,
tiran un ginete á tierra
huyendo unas veces, y otras
arrancando con fiereza.
Que desparraman y escarban
y que luego á la querencia
de un caballo, no lo sacan
ni capotes ni muleta.
Para esos, solo hay un medio,
la olla, suerte suprema,
necesaria muchas veces
á costa de la vergüenza,
que entre ir á Villagloria
ó una chifla de primera
vale más música alegre
que quedarse en la cabeza. (Pausa y transición.)
Pero hablando de otro asunto,
¿qué ha pasado con Manuela?

CAS. Los celos; ¡celos malditos!

RAF. Con su tía, la paciencia
he perdido tantas veces...
Es de familia.

SANT. No crea
que á mí me va á pasar eso
con Julia.

CAS. Dios no lo quiera.

RAF. Pero, ¿cuál es la razón?

CAS. Pues una maldita idea
que le ha hecho concebir
una vecina perversa,
la viuda de Luján,
la del tercero derecha.

SANT. Siempre fueron las vecinas,
malas para consejeras.

CAS. Mi mujer tenía costumbre
de pasar la tarde entera
en casa de esa señora,
y, sin duda, con la idea
de entretenerse un ratito
le echaba las cartas, y ella,
que tiene un genio tan vivo,
tomó la cosa de veras.
Un día hizo el demonio
que el rey de copas saliera
junto á una sota de espadas.
Eso bastó, fué la prueba
para suponer que yo...
la faltaba...

RAF. ¡Qué cabeza!

CAS. Me armó un escándalo gordo,
dijo que la sota era
aquella chiquilla rubia
que tuvimos de doncella.
Yo traté de disuadirla,
pero no encontré manera.
Desde entonces yo no vivo,
y estoy, vamos, que me llevan
los demonios.

SANT. Tenga calma...

CAS. ¡Cómo he de tener paciencia!

RAF. Ya tienes tú lo bastante;
cuando una mujer se empeña
no hay más que un sólo remedio,
cachaza y guardar la lengua.
La resistencia pasiva,
ese es el mejor sistema.
Al buen callar llaman Sancho
y en boca cerrada no entran
moscas, ya lo sabes,
este siempre fué mi lema.

ESCENA X

DICHOS, MANUELA, JULIA y DOÑA O

MAN. (Desde la puerta.)
Casimiro, con permiso,
ven que teníamos que hablar.
RAF. ¡Hay bronca!
(Don Rafael habla con Santiago en voz baja, riéndose al ver que Manuela ha llamado á su marido. En este momento sale Julia, se dirige al grupo y dice su bocadillo. Santiago se sorprende y se dirige con Julia á la segunda derecha haciendo gestos cómicos.)
JUL. (A Santiago.) ¿Quieres pasar?
Tengo que hablarte, es preciso. (Mutis.)
(Doña O después de pasearse sofocada se sienta en una butaca.)

ESCENA XI

DON RAFAEL y DOÑA O

RAF. Se ocupó la presidencia,
y debe estar superior.
Preside el Gobernador,
no hay más que tener paciencia.
D.ª O ¡Qué canallas y qué viles
son todos, sin excepción!
RAF. Se va á empezar la función,
ya salen los alguaciles.
D.ª O (Se levanta y poniéndose de frente á don Rafael le dice en tono trágico.)
¿Conoce usté á un caballero
á toros aficionado
que es un pillo rematado?
RAF. No lo conozco ni quiero.
¡O, ya sabes quién soy yo!
¡O, qué me estás insultando!
¡O, que me estás matando!
¡y eso no lo aguanto, O!
Ya que no quieres dar juego

te voy los pies á parar
y á ponerte luego un par
de banderillas de fuego.
Y aunque traigas intención,
puedes tener la certeza
que yo quiebro en la cabeza
sin sufrir un revolcón;
que salgo por pies ligero
en dirección al estribo,
y en tanto tomo el olivo
tú te vuelves al chiquero.

D.ª O Esas son vanas razones
para evitar que te diga
que ya conozco la intriga
y que sé tus intenciones.
Mientras que aquí, entretenido,
estabas tú, majadero...
nosotras, en el tercero,
todito lo hemos sabido.
Es la viuda de Luján
quien disipó mi ignorancia,
que en cuestión de cartomancia
es más sabia que Briján.
Nunca he sido mal pensada,
aunque tu afición denotas.
¡Te he visto allí entre dos sotas!

Raf. ¡A mí!

D.ª O Lo afirma la espada.
¿Y Santiaguito el beato?...

Raf. ¿También sotas le han salido?

D.ª O El místico arrepentido,
ese que no rompe un plato,
aunque se pierde de vista,
cuando las cartas le echó
las cuatro sotas sacó.
¡Miren el seminarista!
Pero se me importa poco;
lo que es grave para mí
es eso que atañe á tí,
¿dí, Rafael, estás loco?
(Después de una pausa don Rafael silba la salida del toro.)

Raf. ¿Te quieres callar?

D.ª O — No quiero,
y te araño si es preciso.
RAF. — Te mando el primer aviso,
esto ya es un herradero.
D.ª O — No me impacientes, porque
tengo muy mala intención.
¡Mira que soy un león!
RAF. — Un león, sí, Regardé.
Aquel que arrogante y fiero
quiso luchar y vencer
y lo que hizo fué correr
delante de *Caminero.*
D.ª O — Tú *Caminero*, ¡qué horror!
¡No tiene ya ni decoro!
¡Se está proclamando toro!
RAF. — Pero toro vencedor.
D.ª O — ¡Viejo inútil, carcamal!
Para engañar sois muy diestros.
(Don Rafael se dirige á la puerta.)
¿Dónde vas?
RAF. — Por los cabestros
para llevarte al corral.

ESCENA XII

DICHOS. CASIMIRO, seguido de MANUELA y JULIA, de SANTIAGO

MAN. — (Entrando desesperada detrás de Casimiro, y sin dejar de pasear por la escena,)
Sí, señor, es tu querida.
CAS. — Manuela, calla.
MAN. — ¡Embustero!
RAF. — Se abrió de nuevo el chiquero.
Corrida en plaza partida.
D.ª O — Manuela, son unos pillos,
son unos pillos, Manuela.
JUL. — (Saliendo y haciendo el mismo juego.)
¡No, señor, esa no cuela!
RAF. — Ahora salen los novillos.
MAN. — ¡Todos son unos malvados!
JUL. — ¡Inicuo, infame, cruel!

RAF. Ya se llenó el redondel,
ya empiezan los embolados.
JUL. ¡Yo que le creí un tesoro!
SANT. Es que sin razón te quejas.
JUL. Tienes cuatro, dos parejas.
¿Por qué no te vas al moro?
SANT. Mira, Julia, que no aguanto
insultos, ¿lo has entendido?
JUL. ¡Tunantas, lo han pervertido!
¡él que parecía una santo!
Por eso quiere dejarme...
SANT. ¡Pero si no he dicho nada!
JUL. ¡Que siento no estar casada
para poder divorciarme!
SANT. No te apures, porque yo,
si lo crees necesario,
me vuelvo á mi seminario,
canto misa y se acabó.
MAN. Es una burla completa.
Despídelo.
D.a O Sí.
MAN. En seguida.
D.a O (A Rafael.)
¿Dí, que es esto?
RAF. Una cogida,
y se cortó la coleta.
JUL. (Se deja caer sollozando en una butaca.)
Yo me encuentro avergonzada,
aun viéndolo no lo creo.
MAN. ¿Y el «Casamento d'Ineo,» (A Julia.)
y la «Perfecta casada?»
Esos libros, hija mía,
han sido tu perdición.
JUL. Manuela, tienes razón.
MAN. Julia, bien te lo decía.
(Cae en otra butaca, y llora como Julia —Dirigiéndose á Casimiro.)
Lo que es este se la gana.
JUL. (Idem á Santiago.)
De este santo yo me encargo.
D.a O (Idem á don Rafael.)
A este, que es un pez muy largo,
le voy á dar la mañana.

CAS. (A don Rafael.)
Nos provocan.

RAF. (Poniéndose el sombrero y preparándose á la defensa.)
Ya lo veo.

SANT. Lo que es á mí no me pilla.
(Quiere salir y le quiere detener don Rafael.)

RAF. ¡Aquel que huye se humilla!
¡Punto en bcca y al cuarteo!

MAN. (A Casimiro.)
¡Eres un falso, un malvado!

JUL. (A Santiago.)
¡Santo de pega, traidor!

D.ª O (A don Rafael.)
¡Viejo chocho!

JUL. ¡Embaucador!

D.ª O (Aplastando el sombrero de copa á don Rafael.)
¡Toma, que te la has ganado!
(Casimiro se tapa los oidos y Manuela quiere cogerle las manos.)

JUL. Si yo te pudiera ahogar.

MAN. No, si me tienes que oir.

D.ª O ¡Que te voy á dividir!

JUL. Yo me tengo que vengar.
(Don Rafael, Casimiro y Santiago se dirigen á primera, segunda y tercera puerta respectivamente, y dicen los tres, ya casi dentro de las habitaciones:)

LOS TRES De este modo acabarán
nuestros disgustos, señora,
y cuando llegue la hora
ustedes responderán.
(Cierran á un tiempo las puertas. Ellas permanecen un instante delante de la puerta y bajan al proscenio.)

Música

MAN. ¡Infame, vil!

JUL. No sé qué hacer.

D.ª O Estamos buenas.

LAS TRES Buenas las tres.

MAN. El hombre que me falta sin razón,
es un bribón.

JUL. El pillo que no atiende á nuestro afán,
es un truhán.

D.ª O El viejo que se mete en estos líos
sí que es un tío sin pundonor.

LAS TRES Venganza queremos,
venganza pedimos,
y al fin acabemos
de tanto sufrir;
y ya que desaires
aquí merecimos,
pidiendo venganza
debemos seguir.
Guerra á los hombres,
á esos malvados
que nos desprecian
sin compasión;
que sufran todos
nuestros desdenes
hasta que imploren
nuestro perdón.
Hemos de vencer;
capitularán;
eso hemos de hacer,
que después verán.
Y una vez que estén
hartos de sufrir,
con nuestro desdén
no podrán vivir.
Guerra á los hombres,
á esos malvados
que nos desprecian
sin compasión;
que sufran todos
nuestros desdenes,
hasta que imploren
nuestro perdón.
Hemos de vencer;
capitularán;
eso hemos de hacer,
que después verán.
Y una vez que estén
hartos de sufrir,
con nuestro desdén
no podrán vivir.
Pidiendo venganza
debemos seguir.

Hablado

D.ª O Conque no hay más que decir,
ya conoceis mis proyectos.
Nada de contemplaciones;
ya vereis como yo meto
en cintura al vegestorio
que quiso tomarme el pelo.
JUL. Sin embargo, me parece
que un poquito de ligero
hemos procedido.
D.ª O ¡Calla!
MAN. Yo opino lo mismo.
D.ª O ¡Bueno!
¿Conque ahora capitulais?
Los pocos años; yo llevo
treinta y cinco de casada,
y treinta y cinco riñendo;
y si vivo treinta más,
seguiré lo mismo.
JUL. Eso
es precisamente lo que
nosotras evitaremos.
D.ª O ¡Cobardes! Miradme á mí;
aunque me ahoguen no cedo.
MAN. ¿Se habrá marchado? (Se acerca á la puerta.)
JUL. (Lo mismo.) ¿Qué hará?
MAN. ¡Voy á ver! (El mismo juego.)
D.ª O ¿Qué estará haciendo? (Idem.)
MAN. ¡No oigo nada!
JUL. ¡Nada escucho! (Se oyen tres golpes.)
LAS TRES (En voz muy baja.)
¿Habeis oído?
D.ª O ¡Silencio!
(Se abren las puertas y se ven en cada una de ellas que asoma un brazo con una carta. Don Rafael da la suya clavada en una banderilla.)
MAN. «Para Manuela.» (Leyendo.)
D.ª O «Para O.» (Idem)
JUL. «Para Julia.» (Idem.)
D.ª O Ya vencemos.
(Durante la lectura de las cartas, la orquesta preludia

muy piano el schotis «Yo soy un baile de criadas», mientras lee Manuela; el paso-doble de «Pan y Toros» cuando lee doña O., y «Otra vez en el convento», cuando lee Julia.)

MAN. (Lee.)
«Sus sospechas infundadas
han dado su resultado.
Sepa que estoy arreglado
ya con la sota de espadas.» (Cae en un sillón.)

JUL. «Si tú cambias de opinión,
decirte no es necesario
que estoy en el seminario
siempre á tu disposición. (Cae en otro sillón.)

D.ª O «A mi edad yo no me enmiendo
ni dejo de ser quien soy;
olvídame, pues me voy
de picador del *Tremendo*.»

MAN. Lo mismo que me pensaba.

JUL. Ahora sí que no hay remedio.

D.ª O ¿Pues no lo ha de haber? Buscarlos
y apretarles el pescuezo.

MAN. El caso es que entre todas
contribuímos á ello;
yo, por las malditas cartas;
usted, por darnos consejos.

JUL. ¡Pobre Santiaguito mío!

D.ª O ¡Ya volverán!

MAN. No lo creo.

D.ª O Vamos á ver otra vez
á la del cuarto tercero.

JUL. ¡Pobre Santiaguito mío! (Llora.)

MAN. ¡Maldito sea el momento
en que me echaron las cartas!
Y dice usted... yo no vuelvo,
ni quiero saber ya nada
de las cartas, sólo quiero
que venga mi Casimiro,
pedirle perdón, y luego
enmendarme para siempre.
(Los tres observan desde la puerta del foro.)

JUL. ¡Sin Santiago yo me muero!
¡No quiero que sea cura!

D.ª O Me habéis convencido, bueno;

perdonaré á mi marido,
y no reñirle prometo
hasta pasado mañana.

LOS TRES ¡Aquí estamos todos!

LAS TRES ¡Ellos!

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS, CASIMIRO, DON RAFAEL y SANTIAGO

CAS. Nosotros, que hemos oído
toda la conversación,
y que os damos el perdón
por haberlo merecido.
Por la puerta del pasillo
salimos, y allí los tres
nos entendimos; ya ves
si el caso ha sido sencillo.
Si vuelven á suceder
escenas como la de hoy,
entonces sí que me voy
para nunca más volver.

JUL. Santiaguito, ven aquí;
¿me perdonas?

SANT. (Con energía.) ¡Te perdono! (Transición.)
¡Rica!

JUL. ¡Rico!

SANT. ¡Mona!

JUL. ¡Mono!

SANT. Dime, ¿quién te quiere á tí?

RAF. Y usted, buitre disgustado, (A Doña O.)
fiera por domesticar,
no me vuelva usté á gritar,
que después de lo pasado...

D.ª O Si no mirara...

JUL. ¡Por Dios!
¡Cálmense ustedes...

D.ª O Por tí,
que si no iba á haber aquí
un conflicto entre los dos.

MAN. Aunque dura, la lección

ha sido muy provechosa.
¡Vamos, abraza á tu esposa!

CAS. ¡Manuela del corazón!
Y usted (A Santiago.) abrace á Julita.

SANT. ¡Me da vergüenza!

CAS. ¿Por qué?
¡Vamos, abrácela usté!

SANT. ¡Venga un abrazo, riquita!

CAS. Ahora, para terminar,
abrace usted á la tía.

RAF. Ven á mis brazos. (¡Arpía!)

D.ª O (¡Si yo te pudiera ahogar!...)

JUL. Aquí no ha pasado nada.
Vamos, todo ha concluído.
(Al público.)
Ahora, público, te pido
que me des una palmada.

FIN

PARA LOS INTÉRPRETES DE LA «SUCURSAL»

Muchas gracias á todos por el cariño con que han hecho nuestra obra.

Los Autores

OBRAS DE EDUARDO MONTESINOS

Anuncio, música del maestro Mazzi

El Monaguillo de San Agustín, música del maestro don Alberto Cotó.

M. G., música del maestro D. Alberto Cotó.

Doña Prudencia, monólogo.

Los enemigos del cuerpo (1), música del malogrado maestro D. Tomás Reig.

Boquerón, música de los maestros Catalá y Ruiz.

Majos y Estudiantes ó el Rosario de la Aurora, música del maestro D. Eduardo L. Juarranz.

Madrid-Colón (2), música del maestro D. Gregorio Mateos.

Los de Sevilla (no gustó), música del maestro D. Angel Rubio.

Plaza partida (3), música del maestro Cotó.

El Señor Pérez (4), música de D. Joaquín Valverde (hijo) y Estellés.

El Desvergonzado.

El Niño de Jerez (5), música del maestro Zabala.

La sucursal del infierno (3), música del maestro D. Miguel Santonja.

(1) En colaboración con D. Salvador María Granés.

(2) En colaboración con D. Enrique López Marín y D. Antonio Palomero.

(3) En colaboración con D. Daniel Banquells.

(4) En colaboración con D. Antonio Paso y D. Enrique García Alvarez.

(5) En colaboración con D. Antonio Paso.

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9 Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Faquineto, Olivar, 11; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova do Carmo, 45 y 47.

Habana: Sres. Loychate, Saenz y Comp.ª, Oficios, 19.

Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 16.